

## LECTURA AL CUADRADO o LOS LIBROS Y EL TIEMPO

Fernando Guerrero – ABADA editores

El mundo, la realidad que nos rodea, no es algo que simplemente esté ahí, a la mano, listo para su consumo. La realidad requiere siempre una interpretación, es decir, requiere nuestra participación como sujetos. La realidad no es por tanto algo dado, sino algo que nosotros vamos construyendo a medida que (la) vivimos. No es un hecho natural, sino un resultado o producto cultural, una creación humana. Y ello en un doble sentido: individual y social.

En efecto, sobre nuestra idea del mundo se agolpan inevitablemente todas nuestras referencias *individuales*, directas e indirectas, nuestros recuerdos y nuestros sueños, nuestros gustos y nuestras fobias, lo aprendido y lo heredado, así como cualquier experiencia vivida, intensa u olvidada, cuyas impresiones han ido moldeándonos hasta convertirnos en lo que somos. Se trata de momentos de nuestra vida que se diluyeron en el mismo instante de hacerse presentes y que ahora, unos días o tal vez unos decenios más tarde, son rescatados puntual e inconscientemente por una nueva vivencia, que por su parte sólo puede darse y entenderse gracias y a través de dichos momentos anteriores. Y todo esto sólo es posible gracias a la memoria individual de cada uno, que reúne y sustenta la experiencia de nuestra vida.

Pero junto con lo anterior destaca una experiencia que va más allá de la pura individualidad: la lectura. Es verdad que el acto mismo de leer es estrictamente personal, pero gracias a él accedemos a un nivel social de realidad, a una *historia*. Con la escritura el hombre supera el nivel de la oralidad, siempre dependiente de un tiempo que se desvanece en el momento mismo de hacerse presente, para acceder a la permanencia o consolidación de lo dicho y de los momentos o instantes en que fue dicho, es decir, a un tiempo pasado que queda recogido para siempre en las páginas de un libro. "Un sentimiento, pues, de seguridad, de que no todo estaba sometido al inevitable carácter efímero del 'aire semántico' que escapaba de los labios. Esa seguridad hizo intuir, también, que se estaba descubriendo un tiempo paralelo al tiempo de la vida individual, un tiempo que escapaba del latido de los instantes, entre los que se iban apagando los seres humanos, y alcanzaba una cierta, inesperada, forma de inmortalidad" (Lledó, *Los libros y la libertad*, p. 89). De manera que gracias a la escritura/lectura rompemos las limitaciones del espacio y el tiempo, pudiendo a través de ella, como decía Quevedo, "escuchar con los ojos a los muertos"<sup>1</sup>. El libro se convierte de este modo en el garante de lo que podríamos llamar la memoria colectiva del hombre, y puede

---

<sup>1</sup> DESDE LA TORRE

Retirado en la paz de estos desiertos,  
con pocos, pero doctos libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos  
y escucho con mis ojos a los muertos.

definirse como aquello que hace posible el diálogo con otro tiempo, con el pasado, y, por tanto, como aquello que actualiza o hace presente la experiencia pasada de una sociedad. Dicho más brevemente: "El libro es, sobre todo, un recipiente donde reposa el tiempo"<sup>2</sup>.

Aprender a leer resulta ya de por sí una experiencia fascinante, desequilibrante. El mundo deja de ser una superficie plana para llenarse de oquedades y turbulencias: aprendemos a movernos entre letras, a saltar de una vocal a una consonante para no precipitarnos en la profundidad del sinsentido, convertidos para siempre en equilibristas del abecedario dentro del gran circo de la sintaxis, en arañas del lexema que tejen sin cesar la red omnicomprendiva del mundo. Y ello de manera irreversible: ya no hay vuelta atrás. No podemos siquiera volver la vista cual Eurídice, porque del abismo del sentido no hay salida; tampoco corremos el riesgo de convertirnos en estatuas de sal, porque Sodoma y Gomorra están ya, para siempre, en nosotros. Y nosotros en ellas. Ortega distinguía entre las ideas y las creencias: las ideas se tienen, en las creencias se está. Algo así ocurre con la lengua: una vez que se aprende, es ella la que nos tiene, y toda la realidad a partir de entonces (¿acaso hay realidad con anterioridad al lenguaje?) se construye y se comprende a través de ella. Resulta increíble observar cómo algo que no es innato en el hombre como la capacidad de leer pueda luego, una vez aprendida, imprimirse de manera tan indeleble en el cerebro. Leer no es sólo una capacidad humana, sino un rasgo definitorio de la propia realidad del hombre. Cada uno de nosotros se convierte en un rey Midas del sentido: todo lo que tocamos se vuelve significativo, y ya no podemos *leer* el mundo con la mirada opaca del animal, sino a través del prisma de nuestra mirada *lingüística*, que descompone y hace comprensible la realidad.

Leemos libros para leer mejor el mundo, para interpretarlo de un modo propio y singular. ¿Y cómo es eso posible? Gracias a que los libros nos dan, ya lo hemos dicho, *tiempo*. El tiempo sería la moneda de cambio, el patrón oro de la realidad, el concepto resumen de la experiencia enriquecida (historia), del saber acumulado (ciencia), de la expresión elaborada (literatura). Gracias a la riqueza-tiempo que obtenemos de los libros, podemos llegarnos al mercado-mundo con mayores posibilidades de comercio, con una lectura más provechosa de la realidad. Claro que aquí, como en cualquier otra parte, también se puede fracasar, podemos ser engañados, o simplemente equivocarnos. Entre los lectores, como en cualquier sitio, los hay ahorradores y manirroto, previsores, enfermos, valientes y confundidos. Cada uno lee el mundo como puede (y a veces, como le dejan).

Por lo demás, el tiempo no sólo reposa en los libros *internamente*, como si fueran baterías o acumuladores de electricidad, sino que ellos mismos muestran externamente el paso del tiempo: las esquinas dobladas, las manchas de café, el subrayado desvaído de un párrafo importante o incluso la dedicatoria anónima de quien lo regaló a su primer dueño. El libro como tal, este libro azul, o el alargado de

---

<sup>2</sup> Lledó, *ibid.*, p. 10.

tapas duras o el gordo de las 800 páginas, *este* libro en concreto, que va cumpliendo años a la vez que su dueño y hasta se ha echado con él sus buenas siestas, es a la vez portador y víctima del tiempo, agente y paciente de la vida (por eso, dicho sea de paso, no creo que el libro electrónico venga a sustituir al libro en papel, sino a convivir con él).

La tarea del editor, según yo la entiendo, debe consistir en aunar en el libro *tiempo interno*, es decir, contenido transmisible, valioso (trabajo intelectual), y una materialidad que aguante bien y haga llevadero y agradable el *tiempo externo* (trabajo artesanal). Y luego, efectivamente, hay que venderlo... Y esto, como todos aquí sabemos, es esencial. El editor se mueve, por tanto, entre sus propios gustos y los del mercado, entre un trabajo que él entiende como creación (y no sólo como fabricación) y un rendimiento estrictamente económico pero necesario para el mantenimiento de su empresa. Héctor Yánover (1929-2003), uno de los libreros más famosos de Buenos Aires, decía: «*Comprarás lo que puedas vender; exhibirás lo que vendas. Y uno que otro que te guste aunque no se venda, porque por algo es tu librería y no la de otro*». Al editor le pasa algo parecido: dentro de lo que cree que *debe* editarse, editará lo que *crea* que además puede venderse. Y algunos otros que, aunque no se vendan, le gusten, porque por algo es su editorial y no la de otro.

Por tanto, la distribución y venta del libro es parte esencial del proceso de edición en sentido amplio (mal que nos pese a algunos...). Y para ello es necesario que el libro sea atractivo y, sobre todo, que sea visible, que destaque entre sus congéneres. Y ésta es también una tarea importante del editor, a la que sin duda ayuda el catálogo: éste da cobijo al nuevo libro, lo sitúa en unas coordenadas, habla de él antes incluso de que nadie lo abra. Como señala Roberto Calasso, antes era más visible el sello editorial en las cubiertas de los libros. Poco a poco, como si estorbara, ha ido perdiendo presencia en favor de otros elementos, como las ilustraciones o los colores. Pero el sello en una cubierta sobria es la mejor firma del editor (piénsese en Suhrkamp), su visto bueno, la manera que aquél tiene de declarar que ese libro ha sido publicado en la creencia de que modificará a su lector por el simple hecho de haberlo leído, de que no será la misma persona antes que después de leerlo (Jaume Vallcorba, *Babelia*, 29 agosto 2014). Esta seña de identidad se hace hoy día más necesaria que nunca, pues a los miles de novedades que se publican al mes en papel hay que sumar los libros electrónicos, los blogs de internet, los foros, etc. El editor cumple así humildemente una función crítica y discriminadora, una selección siempre subjetiva pero necesaria.

Acabo con una cita larga del ya nombrado LLedó: "los libros, en el tiempo de las experiencias múltiples de quienes escribieron, encierran la vida de todas las ideas que la mente humana pudo apresar y universalizar desde la singular historia, desde la mirada individual del cada ser personal. [La lectura es] un asombroso ejercicio intelectual y material. Al pasar las páginas con nuestros dedos descubrimos una misteriosa posibilidad de acariciar el tiempo, de sentirnos identificados con aquella silenciosa voz que la vida ideal y real de nuestros ojos

hace, instante a instante, latido a latido, renacer [...]" (*ibid.*, pp. 137-138). Un libro es "la única forma de humana inmortalidad" (*ibid.*, p. 136).

\* \* \*

Abada Editores nace en el año 2003 con el deseo de ocupar un espacio en el campo de las humanidades y el ensayo en sentido amplio: filosofía, arquitectura, arte, estética, historia, cine, mitología, teoría literaria, etc., más clásicos de la literatura y cierta dosis de textos de creación. Sobre tales materias hemos construido un fondo editorial que ha ido creciendo desde entonces a una media de 33 títulos nuevos por año. En la actualidad Abada cuenta con un catálogo de 380 títulos.

Desde el principio tuvimos claro, por dos razones, que no queríamos separar las colecciones por temas: primero, porque la gran variedad temática exigiría un número igualmente elevado de colecciones, imposible de mantener vivas para una editorial pequeña; segundo, porque pretendíamos reafirmar desde el principio nuestra apuesta por una visión global y unitaria del conocimiento, que entiende que la arquitectura y la filosofía, por ejemplo, están estrechamente unidas, como lo está la arquitectura con la historia, o ésta con el arte, y el arte a su vez con la religión, que es inseparable de la historia de la literatura, etc. Así, decidimos establecer colecciones a partir no del contenido, sino del modo en que el contenido iba a ser considerado, con independencia de cuál fuera éste. Se trata, por tanto, de colecciones en función de su enfoque metodológico. Y son seis:

1. **Lecturas:** reúne ensayos o estudios críticos sobre las diferentes ramas de las humanidades;
2. **Referencias:** engloba los diccionarios, glosarios, cronologías, guías, atlas...;
3. **Clásicos:** ofrece ediciones de autores que tienen reconocido ese carácter en cualquiera de las materias antes mencionadas;
4. **Monografías:** agrupa los grandes tratados y manuales de las distintas ramas;
5. **Obras:** está destinada a la edición de obras completas o escogidas de algún autor;
6. **Voces:** está reservadas a textos de creación de autores fundamentalmente contemporáneos.

La calidad de los libros debía ser otra seña de identidad, tanto del contenido como del continente. El primero exigía textos de calidad de autores tanto españoles como extranjeros (50%). En este último caso, los clásicos, los grandes textos de filosofía y la poesía se editan generalmente en edición bilingüe, con introducción y notas. En cuanto al continente, siempre hemos buscado unas tipografías legibles y bonitas, un diseños de caja limpio y unos papeles de calidad, amables al tacto y acabado mate. Diseños de cubiertas individuales, con papeles arte. Encuadernación rústica con solapas, o en tapa dura son sobrecubierta, y

siempre cosido con hilo. Este último punto explica en parte, dicho sea de paso, por qué Abada no ha publicado aún ningún libro digital.

El nombre de la editorial y su logotipo, el famoso grabado de Durero de un rinoceronte indio, mantienen una relación muy estrecha, aunque es poco conocida: en español "abada" significa *rinoceronte*. De hecho Góngora comienza uno de sus sonetos aludiendo a ellos: "Grandes, más que elefantes y que abadas"<sup>3</sup>. El término, hoy en desuso, procede el portugués "abada" (término usado en ese idioma para referirse a la hembra de este animal) y éste del malayo "badaq". Cuenta la historia que en 1515 el sultán de la actual Guyarat en la India, Muzafar II, regaló a Alfonso de Alburquerque, gobernador de la India portuguesa, un rinoceronte como parte de un intercambio de regalos diplomáticos. Éste se lo reenvió a su rey, Manuel I de Portugal, que quiso obsequiar con tan exótico animal al Papa León X con el fin de ganarse su favor para mantener los privilegios de posesión exclusiva de algunas tierras de Extremo Oriente. El rinoceronte, adornado con un collar de terciopelo verde, embarcó en 1515 rumbo a Roma (ciudad a la que tenían previsto viajar, para la ocasión, algunos personajes importantes de la época, como Durero). El barco naufragó en el golfo de Marsella y el rinoceronte murió ahogado. Según las crónicas de la época, su cuerpo fue recuperado, enviado a Lisboa, disecado y reenviado a Roma (1516). Durero ya no estaba allí. Su grabado fue realizado a partir de un boceto de un artista desconocido, de ahí que el famoso grabado no sea una representación totalmente fiel del animal.

---

<sup>3</sup> El soneto en cuestión, titulado "A la confusión de la corte" (1588), dice:

Grandes, más que elefantes y que abadas,  
títulos liberales como rocas,  
gentiles hombres, sólo de sus bocas,  
illustri cavaglier, llaves doradas;

hábitos, capas digo remendadas,  
damas de haz y envés, viudas sin tocas,  
carrozas de ocho bestias, y aun son pocas  
con las que tiran y que son tiradas;

catarriberas, ánimas en pena,  
con Bártulos y Abades la milicia,  
y los derechos con espada y daga;

casas y pechos, todo a la malicia,  
lodos con perejil y hierbabuena:  
esto es la corte. ¡Buena pro les haga!